

CAPÍTULO PRIMERO

ERNST JÜNGER. EL HOMBRE Y LA GUERRA

ERNST JÜNGER. EL HOMBRE Y LA GUERRA

Por JOSÉ LUIS CALVO ALBERO

INTRODUCCIÓN

Siempre resulta difícil hacer una presentación de Ernst Jünger, quizás porque tanto el personaje como su obra resultan tan grandiosos como inclasificables. Podría decirse que Jünger fue un filósofo aunque su lenguaje, y gran parte de su obra, son fundamentalmente literarios. Podría apuntarse que su figura fue objeto de admiración en la Alemania nacionalsocialista, aunque también cabría citar los homenajes de los que fue objeto por parte de las principales figuras de la política europea de fin de siglo, como Helmuth Kohl, François Mitterrand o Felipe González. También podría aventurarse que su pensamiento es, fundamentalmente, una evolución de las beligerantes teorías procedentes del darwinismo social y el vitalismo nietzscheano, tan en boga a principios del siglo XX; pero sería inevitable añadir la postura humanista siempre mantenida por el autor, e incluso una poco disimulada tendencia al anarquismo presente en una apreciable parte de su larga vida.

La dificultad de clasificar a Jünger procede fundamentalmente de sus propios esfuerzos por escapar a cualquier clasificación y de su postura furiosamente individualista —quizás hasta elitista— a lo largo de toda su vida. También puede señalarse como factor fundamental para esta dificultad su extraordinaria longevidad, tanto biológica —casi 103 años cuando muere en 1998— como literaria —publica *“Tempestades de acero”* a los 25 años y *“La tijera”* a los 95— circunstancias que permitieron una profunda evolución de su pensamiento inicial. En cualquier caso, la figura de Junger

se yergue sobre el siglo XX como la de un testigo excepcionalmente bien situado y de extraordinaria lucidez. En su vida y en su obra, la guerra, la terrible experiencia bélica, juega un papel decisivo. Protagonista en los dos conflictos mundiales, su vivencia personal se integrará perfectamente en su pensamiento, proporcionándonos una visión indispensable para aquel que quiera adentrarse en las entrañas del fenómeno bélico.

Ernst Jünger nace en Heidelberg (Alemania) en 1895. Ya desde muy joven muestra un temperamento individualista y aventurero, enrolándose en 1913 en la Legión Extranjera Francesa, experiencia truncada por la oportuna intervención de su sufrido padre. Pero, tras el estallido de la I Guerra Mundial, nada puede hacer su progenitor para evitar que Junger se alistara en el Ejército Alemán. En el invierno de 1914 su unidad, el 73° de Fusileros de Hannover, parte hacia el frente de Champagne en el que se han comenzado a construir los laberintos de trincheras y fortines que constituirán el paisaje cotidiano del joven Ernst durante los siguientes cuatro años. Su intervención en el conflicto será notable. Participará en los encarnizados e inútiles combates de 1915, se asomará al infierno del Somme y se debatirá en el barro de Flandes, antes de tomar parte en la gran batalla, la ofensiva "Michael" en Marzo de 1918, furioso y desesperado estertor del Ejército Alemán en el Frente Occidental. Siete heridas de guerra y una "Ordre Pour le Merite", máxima condecoración otorgada por el Ejército, constituirán la mejor carta de presentación del alférez Jünger, que, en 1920, publica sus memorias de guerra "*Tempestades de Acero*" convertidas rápidamente en un éxito editorial.

En la abatida y humillada Alemania de posguerra, las agresivas memorias de Jünger tenían un tono reivindicativo que pronto fue recogido por numerosas organizaciones de tipo derechista y nacionalista, entre ellas el recién creado Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler. Jünger se movió en esos ambientes durante los años 20, aunque nunca se comprometió con ningún grupo en especial. De hecho rechazó en 1927 el ofrecimiento nazi para ocupar un escaño en el Reichstag. Durante esta época cursó también estudios de zoología en la Universidad de Leipzig —la entomología será una pasión que conservará hasta su muerte— y contrajo matrimonio en 1925 con Gretha von Jeinsenn.

En 1932 publica una de sus obras principales "*El Trabajador*", un ensayo objeto de múltiples controversias y que se interpretará frecuentemente como un anuncio del advenimiento del nacionalsocialismo. Pese a que Jünger fue inicialmente muy respetado por los nazis, su humanismo

e individualismo le llevarán a distanciarse cada vez más de ellos. En 1939 se publica "*Sobre los acantilados de mármol*" una velada crítica al nacionalsocialismo que le convertirá en personaje sospechoso. No obstante, mantendrá una relación estrecha con algunos intelectuales vinculados al régimen, sobre todo Carl Schmitt y Martin Heidegger.

En 1939 es llamado de nuevo a filas. Participa en la II Guerra Mundial con el grado de capitán y presta servicio durante la invasión de Francia (1940), en el París ocupado e incluso, durante un breve periodo, en el Frente Ruso (1942-43) pero no llega a participar en combates directos. El Jünger agresivo y entusiasta de la Gran Guerra deja paso a un hombre maduro y desencantado, que se pasea por los campos de batalla más atento a la observación del paisaje y las reacciones humanas ante el conflicto que a la lucha propiamente dicha. Durante su servicio en París toma contacto con la intelectualidad gala y con el naciente existencialismo francés.

Jünger es desmovilizado en Septiembre de 1944 pero la guerra le depara aún una penosa tragedia. Su hijo Ernst es arrestado por actividades de oposición al régimen y enviado al frente, encuadrado en una unidad disciplinaria. El 29 de Noviembre de 1944 muere combatiendo contra los aliados en Carrara (Norte de Italia). La muerte de su hijo, la ruina de Alemania y la prohibición de publicar que le imponen las autoridades de ocupación, sumergen a Jünger en el abatimiento. Durante la época de la guerra escribe una pequeña obra titulada "*La Paz*" en la que se advierte claramente la evolución de su pensamiento acerca de la naturaleza de la guerra. También escribe una novela "*Heliópolis*" (1949) y sus diarios de guerra, publicados en 1949 con el título "*Radiaciones I*", que muestran un notable contraste con "*Tempestades de Acero*".

Durante los años 50 se recupera de su estado de postración posterior a la guerra con una vitalidad sorprendente. Tras dedicarse a la experimentación sobre los efectos de diversas drogas, especialmente del LSD, le sobreviene una auténtica fiebre creadora que se materializa en numerosas obras, entre ellas "*Tratado del rebelde*" (1952), "*El nudo gordiano*" (1953), "*El libro del reloj de arena*" (1954), "*Rivarol*" (1956), "*Abejas de cristal*" (1957), "*Mantrana*" (1958), y "*El Estado Mundial*" (1960).

En 1960 muere su mujer Greta y en 1962 contrae nuevo matrimonio con Liselotte Bäuerle. La muerte de su primera esposa, cuando Jünger tiene ya 65 años, marca una pausa en su carrera literaria. Durante los años 60 y 70 se dedica a viajar por todo el mundo publicando esporádicamente ("*Tipo Nombre, Forma*" 1963, "*Aproximaciones Droga y Embriaguez*"

1970, “*La honda*” 1973) y dedicándose especialmente a recopilar sus memorias (“*Pasados los 70*”). Durante estos años recupera el reconocimiento internacional, recibe varios premios y distinciones y pronuncia, en 1979, el emotivo discurso en Verdún ante los antiguos combatientes de ambos bandos.

Los años 80 son para él una sucesión de homenajes y viajes alrededor del mundo. Pero todavía es capaz de sorprender con novelas como “*El problema de Aladino*” (1983) ó “*Un encuentro peligroso*” (1985). En los años 90 Jünger alcanzará la “edad de los patriarcas (cumple 100 años en 1995) y todavía sufrirá una amargura final al suicidarse su segundo hijo tras haber quedado invalido en un accidente. Su obra literaria, tras “*La Tijera*” (1990), se va reduciendo a la publicación de sus últimos diarios y diversas entrevistas, pero conservará una extraordinaria lucidez hasta el momento de su muerte en 1998, cuando le faltaba un mes para cumplir los 103 años.

La figura de Jünger, tan controvertida como admirada, se ha convertido en una suerte de símbolo del siglo XX. A lo largo de su vida tuvo oportunidad de conocer de primera mano la I Guerra Mundial y la caída de los grandes imperios europeos, las convulsiones del comunismo y el nacionalsocialismo, la hecatombe de la II Guerra Mundial, el renacimiento de una Europa con aspiraciones de unidad, el hundimiento de la URSS y la revolución tecnológica que promete sustanciales cambios sociales para el próximo siglo. Esta amplia experiencia vital le convierte en un autor indispensable para comprender el convulso siglo que dejamos atrás y en una conexión clave entre las ideas del siglo XIX y las incertidumbres del siglo XXI.

Pero el aspecto que vamos a estudiar de la obra de Jünger es su visión de la guerra; uno de los temas centrales de su obra puesto que su experiencia en la I Guerra Mundial marcará la mayor parte de su producción literaria posterior con un lenguaje repleto de referencias bélicas. La importancia de la guerra en su vida y en su obra y su aproximación, libre de complejos, al fenómeno bélico nos servirán para conocer una visión atípica y provocadora del mismo, pero llena a la vez de la autoridad que proporcionan la experiencia y la reflexión sincera.

EL MARCO DE SU PENSAMIENTO

Como todos los intelectuales, Jünger fue un producto de una época y un lugar. Así, podríamos clasificarlo, especialmente en sus primeras obras,

como un heredero de la filosofía alemana del siglo XIX y, especialmente, del irracionalismo y vitalismo representado fundamentalmente por Friedrich Nietzsche. Pero tal clasificación pecaría de simplista. Primero porque el pensamiento de Jünger pronto adquiere matices propios y bien diferenciados, y segundo por la enorme complejidad y riqueza del pensamiento alemán de la época; sin duda una de los períodos más fecundos de la historia de la filosofía y del pensamiento político. Intentar dar una idea completa, en estas breves páginas, del marco de pensamiento en el que se educó Jünger constituiría una empresa irremediablemente condenada al fracaso. Pero parece inevitable intentar enunciar al menos las ideas principales que circulaban en la Alemania de principios del siglo XX, aquella en la que nuestro autor realizó su formación intelectual básica y en la que se forjaron las bases de su ideología.

La Historia alemana anterior al siglo XIX viene marcada por la idea de la identidad del pueblo alemán. Los alemanes emergen de la Edad Media divididos en diversas entidades políticas, generalmente sometidas al poder del Imperio Habsburgo, pero con la conciencia de una lengua y de lo que más adelante se conocerá como una cultura comunes. La Reforma Protestante, nacida en los estados alemanes, tendrá tanto de renovación espiritual como de rebeldía política contra el poder Habsburgo, pero, a pesar de la sangría de la Guerra de los Treinta Años, no se logrará la esperada creación de un ente político alemán.

Las esperanzas se depositarán entonces en el pequeño reino de Prusia, un estado situado en los límites del mundo civilizado cuya pobreza contrastaba con la opulencia de otros estados alemanes. No obstante, en Prusia se conseguirá una excepcional integración del pueblo con el estado, representado por monarcas férreos pero abiertos a las tendencias ilustradas como Federico II. El ejército prusiano se convertirá en modelo para el resto de los ejércitos europeos y la unificación del pueblo alemán comenzará a asumirse como una tarea pendiente para la monarquía prusiana.

En Prusia se darán unas condiciones que marcarán el posterior pensamiento alemán. La identificación del pueblo con el estado, encarnado en su rey y en el ejército, supondrán el inicio de un "culto al estado" mantenido hasta el siglo XX. La disciplina y orden de la sociedad prusiana traerán el inevitable recuerdo de las antiguas "polis" griegas, referencia continua de los autores alemanes del siglo XIX. Por último, en una Prusia más bien pobre y agrícola, la aristocracia continuará manteniendo un papel de

motor de la sociedad que en otras partes de Alemania había sido ya asumido por la burguesía. La aristocracia prusiana aportará una visión más espiritual y menos mercantilista de lo que debía ser la futura Alemania.

Pero la gran eclosión del pensamiento alemán tendrá lugar en las décadas situadas a caballo de los terribles acontecimientos de la Revolución Francesa. El idealismo alemán, representado sobre todo por las figuras de Kant y Hegel, marcará una ruptura con las ideas racionales y universalistas propias de la Ilustración. El punto de partida para su pensamiento es la reconsideración de la clásica relación entre sujeto y objeto. Los idealistas conciben el mundo exterior al sujeto como una construcción intelectual del mismo. Los seres humanos recibimos del mundo exterior un caótico conjunto de sensaciones y signos que nuestro intelecto articula hasta crear un sistema ordenado. Así pues el mundo es, después de todo, una construcción humana. Esta idea, en apariencia poco aplicable a las cuestiones prácticas, tendrá unas consecuencias insospechadas. La visión del hombre como constructor de su propio mundo crea la necesidad de la acción, el hombre posee la capacidad de cambiar aquello que ha construido. Para lograr el cambio, la reconstrucción de la realidad, el hombre precisa no tanto de razón como de voluntad. Se rompe así la tradición racionalista del siglo XVIII y se entra en el voluntarismo del siglo XIX. Consecuencias inmediatas serán la aparición de fenómenos como el romanticismo y el nacionalismo.

En Alemania esta corriente de pensamiento tendrá su exponente más influyente en Johann Fichte que sentará las bases del moderno nacionalismo, apelando a la nación alemana como un sujeto común en el que estarían integradas todas las individualidades de cultura germánica. Así como cada ser humano es constructor de su propio mundo, el “espíritu popular” (Volkgeist), esa realidad supraindividual fruto de un anhelo colectivo, conduciría a la construcción de un estado alemán.

En Fichte se encuentran muchas de las claves del pensamiento de Jünger. La idealización de la nación alemana como anhelo colectivo y foco civilizador se une con un feroz individualismo —después de todo cada hombre es un constructor de su propia realidad— que tiende rápidamente al anarquismo. La combinación de estas dos ideas, aparentemente contradictorias, conduce inevitablemente, tanto en Fichte como en Jünger, a una concepción elitista de la sociedad, muy próxima a la original idea de estado de la aristocracia prusiana. Todo cuerpo social consta de una masa de individuos relativamente pasivos y faltos de voluntad; el espíritu

colectivo —*el volkgeist*— los guía hacia un fin, hacia un objetivo común a través del liderazgo de una elite, integrada por hombres dotados de visión y voluntad, auténticos “constructores del mundo” que hacen la vida social posible a través de las instituciones del estado. La autoridad de estos líderes, garantía del orden social, es incontestable.

Tenemos aquí el caldo cultural en el que se educó Jünger, pero aún falta un ingrediente vital que va a ser proporcionado por el pensamiento de Friedrich Nietzsche. Inicialmente, Nietzsche será un experto helenista con una enorme admiración por el mundo griego. Posteriormente esa admiración derivará en una sorprendente producción filosófica. Nietzsche ahondará en la idea del hombre como constructor de su propio mundo, sin ninguna intervención divina (“Dios ha muerto”). Pero no todos los hombres pueden asumir esta carga creadora. La mayoría de ellos caerán en las redes de ideologías de la sumisión como el cristianismo, que asignan al hombre un papel pasivo y que potencian una “moral de esclavo”. Sólo una elite podrá superar esa sumisión y convertirse en auténticos “creadores”. El paradigma de estos líderes será la figura del “superhombre”, aquel que no reconoce limitaciones a su potencialidad, que crea su propia moral y que transforma el mundo exterior según su antojo y necesidad.

Nietzsche utilizará en sus obras un lenguaje mitológico y aforístico muy inspirado por su conocimiento de la mitología griega. Este lenguaje va encaminado a sacudir la sensibilidad del lector para que éste llegue a la comprensión no por el razonamiento sino por el sentimiento y la intuición. Es un método que utilizará Jünger a lo largo de casi toda su producción literaria y filosófica lo que, por un lado la hace inicialmente más atractiva, pero por otro la abre a múltiples interpretaciones (exactamente como en el caso de Nietzsche) al apelar más a la intuición que al raciocinio. Curiosamente este método de comunicación intuitiva es muy propio de las filosofías orientales, especialmente del budismo, y resulta ilustrativa la influencia oriental que puede encontrarse en la filosofía y la literatura alemana de los siglos XIX y XX desde Schopenhauer hasta Hermann Hesse. El propio Jünger mantendrá a lo largo de su obra una relación de atracción–repulsión por el pensamiento oriental.

El pensamiento de Nietzsche surge ya a finales del siglo XIX, un siglo que vivió probablemente la mayor transformación social desde el Neolítico. La publicación, a mediados de siglo, de la obra “*El origen de las especies*” de Charles Darwin marca una nueva revolución en el pensamiento, al abrir la puerta a la idea de un mundo que se rige por leyes inter-

nas sin ninguna intervención divina. La idea de que el hombre es el único rector de sus destinos se refuerza, mientras que el comportamiento de las sociedades se asimila al de las especies animales definido por Darwin. Si la naturaleza se rige por la supervivencia del más apto y de aquel con mayor capacidad de adaptación ¿Por qué van a ser diferentes las sociedades humanas? Se abre paso la idea de que existen sociedades con vitalidad “ (aquellas animadas por un proyecto común) y sociedades “enfermas” incapaces de actuar y condenadas a la extinción o la sumisión. Igualmente se acepta que dentro de cada sociedad existen clases o individuos capaces de imponerse a los otros y de convertirse en líderes o en tiranos.

El conjunto de todas estas teorías, que se extendieron por Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, y que coincidieron con la fase de máxima expansión colonial europea, fueron conocidas como “darwinismo social”. Evidentemente se trataba de ideas peligrosas que podían derivar fácilmente hacia la creencia en la superioridad racial o de clase. Pero lo más importante para el tema que nos ocupa es que fomentaban una visión muy agresiva de las relaciones humanas. La guerra era no solo inevitable sino incluso natural y deseable para afirmar la superioridad de una nación, una clase social, una cultura o una raza. Tales teorías convivían por otro lado con el marxismo, una evolución del materialismo histórico de Hegel, que contemplaba la historia humana como una lucha (dialéctica) continua entre las diferentes clases sociales que debía desembocar en una sociedad igualitaria. Todo este clima intelectual, unido a la lucha por la hegemonía en Europa y en el mundo, generaba una tremenda agresividad en las sociedades de la época. Agresividad hoy quizás olvidada, pero que resulta imprescindible recordar para comprender fenómenos como las dos Guerras Mundiales o la Revolución Rusa, y quizás también para entender el movimiento de péndulo intelectual que nos ha llevado hoy en día al predominio de las ideologías pacifistas.

Jünger creció en medio de este ambiente. Es preciso recordarlo para comprender su obra, especialmente la de sus años de juventud. El entusiasmo por la guerra que demuestra en “*Tempestades de Acero*” no es diferente de aquel que se adivina en los rostros de los jóvenes soldados, a los que podemos ver en añejas fotografías, partiendo sonrientes hacia el frente en el verano de 1914. El entusiasmo por la guerra se enseñaba en las escuelas y se predicaba en las plazas públicas. A él se unió toda una generación, la de Ernst Jünger, antes de ser barrida por la tempestad.

EL PRIMER JÜNGER. LA ÉPICA SURGIENDO DEL HORROR

Como ya se ha mencionado anteriormente, las ideas sobre la guerra presentes en la obra inicial de Jünger son producto, fundamentalmente, de su experiencia en la I Guerra Mundial. La mayoría de estas ideas están recogidas en "*Tempestades de Acero*" una recopilación de diarios y reflexiones escritos durante las hostilidades y publicados en 1920. Posteriormente Jünger decidió modificar su obra, separando la parte narrativa, basada en sus diarios, de la parte más teórica y reflexiva, que publicó separadamente en 1922 con el título "*La Guerra como experiencia interior*". Estas dos obras iniciales se ven completadas por un conjunto de obras breves sobre el mismo tema escritas entre 1925 y 1930. Cabe destacar entre ellas "*El bosquecillo 125*" (1925), "*Fuego y Movimiento*" (1930) y "*La movilización total*" (1930). A partir de 1932, con la publicación de "*El Trabajador*" la atención de Jünger deriva hacia temas de carácter más social, aunque se mantienen constantemente las referencias bélicas, especialmente en su obra "*Sobre el dolor*" (1934) escrita como complemento a "*El Trabajador*".

Cuando Jünger parte hacia el frente, en 1914, tiene solo 19 años. Su idea de la guerra es una mezcla de inmadurez, romanticismo y vitalidad:

Y entonces la guerra nos había arrebatado como una borrachera. Habíamos partido hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de aportarnos aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en las que la sangre era el rocío (1).

Evidentemente su entusiasmo fue pronto puesta a prueba por la terrible naturaleza del nuevo conflicto pero, a pesar del horror y las penalidades, Jünger siempre mantuvo su idea de la guerra como un acto inevitable, trascendental y repleto de épica. Una explosión de vitalidad que recordaba de forma inequívoca al pensamiento de Nietzsche.

El carácter inevitable de la guerra es un punto interesante en el pensamiento de la época. La idea era que las sociedades "vitales" tendían irremediablemente a la expansión. Cuando topaban con otra sociedad que podía oponerse de alguna forma a esa expansión el conflicto bélico

(1) JÜNGER, ERNST: "*Tempestades de Acero*". Tusquets Editores, 1987.

estaba servido. Pero todo el proceso se veía como algo natural. No había odio, ni intereses bastardos en esa belicosa expansión. Sencillamente las sociedades “enfermas”, aplastadas por otras más “vitales”, eran como la hormiga que se cruza en el camino de un elefante.

Esta idea de la inevitabilidad de la guerra y del sometimiento de unas sociedades por otras está presente en la obra de escritores casi contemporáneos de Jünger como Rudyard Kipling o Jack London. El primero hablaba, dentro de un ambiente de expansión colonial, de la “carga del hombre blanco”. Las sociedades europeas, avanzadas y vitales, estaban condenadas a expandirse y someter a otros pueblos más atrasados, llevándoles al tiempo la idea de la civilización. Jack London, a su vez, hablaba de la “inevitabilidad del hombre blanco”. Algo dentro de él le obligaba a conquistar el resto del mundo. No importaba que sus avanzadillas fuesen aniquiladas por pueblos hostiles, enfermedades o climas infernales, siempre habría más hombres blancos dispuestos a arriesgarse para conseguir el dominio de nuevos territorios.

En el fondo de estas visiones subyace la ida nietzscheana del poder como motor de la Historia. La búsqueda del poder por parte de individuos y sociedades aparece como la causa última de las guerras. Es lógico que estas ideas vitalistas tuvieran un amplio eco en la recién constituida Alemania, una nación que se consideraba a sí misma como reprimida durante un largo periodo histórico y que despertaba con un enorme ansia de poder y dominio.

Pero Jünger no se encontraba en una guerra colonial luchando contra pueblos atrasados o decadentes. Sus oponentes franceses y británicos representaban a los imperios más expansivos de su época. En esas circunstancias, cuando sociedades igualmente vitales llegan al choque lo que aparece es la épica, la lucha entre héroes, la Iliada. Este espíritu épico se halla muy presente en las memorias de Jünger, aunque convenientemente atemperado por la sinceridad de su narración. Quizás lo más acertado que pueda decirse es que, en determinados momentos, entre la miseria, el terror y la terrible devastación de la guerra se pueden identificar escenas épicas, instantes en los que la gloria personal y el enfrentamiento de voluntades se elevan por encima de la cruel realidad del combate.

Un recién llegado penetra en ese momento en el angosto espacio: llega de fuera y pasa por encima de la muralla formada por los cuerpos humanos. Está herido y aún no lo han vendado.... A pesar de su

terrible aspecto posee una cierta majestuosidad. En su apostura y en sus ojos brillantes se le nota que no es uno de esos que se dejan intimidar por la sangre cuando corre, sino de esos otros a los que ésta, como un primer sacrificio derramado en honor del dios de la guerra, vuelve aún más coléricos y salvajes (2).

Junto a su aspecto épico, la guerra tiene para Jünger un aspecto todavía más primario. Es la gran catarsis, la purificación suprema. El hombre se muestra en ella tal como es en realidad, con sus grandezas y debilidades, su ferocidad y su cobardía. Las convenciones que rodean nuestra vida social desaparecen ante la proximidad de la muerte y sólo queda el hombre que habita bajo ellas. Probablemente éste es el aspecto que Jünger encuentra más atractivo de la guerra.

Cuando me paro a pensar en el ambiente en que me encontraría ahora de no haber estallado la guerra, cuando me imagino que estaría encadenado a una profesión, rodeado de trepadores, o pertenecería a un cuerpo de oficiales en tiempo de paz, o a una asociación estudiantil, o me hallaría rodeado de literatos en un café lleno de humo; creo que al cabo de seis meses habría echado todo a rodar para marcharme al Congo, o al Brasil, o a cualquier otro lugar en que esa gente no hubiese estropeado aún la Naturaleza. La Guerra, que tantas cosas nos quita, es generosa en este aspecto...(3).

Pero la guerra que le tocó vivir a nuestro autor tenía además un carácter muy especial para él. En ella se estaba asistiendo al derrumbamiento de un mundo y al nacimiento de otro nuevo e incierto. Ahora sabemos que la Gran Guerra supuso el fin de la supremacía europea, de sus imperios centenarios y del sistema de equilibrio de poder. También en el ámbito militar, el tremendo impacto de la tecnología en los campos de batalla parecía estar acabando con una tradición bélica que se remontaba a milenios atrás. En el momento en que Jünger escribía sus memorias de guerra esto era algo que podía sólo intuirse, pero para él siempre estuvo claro el carácter de cambio radical que implicaba el conflicto. En obras posteriores profundizará sobre la naturaleza de este cambio, que Jünger atribuye fundamentalmente al progreso o, más concretamente a la tecnología, utilizando para ello un lenguaje mitológico y aforístico, similar al de Nietzsche, y tan difícil de interpretar en sus detalles como el de éste.

(2) JÜNGER, ERNST: "El Bosquecillo 125". Tusquets Editores 1987.

(3) JÜNGER, ERNST: "Tempestades de Acero". Ediciones Tusquets, 1987.

Para Jünger estamos asistiendo al surgir de los nuevos titanes. Los titanes, en la mitología griega, eran las entidades primigenias que gobernaban el mundo antes del advenimiento de los dioses. Por contraposición a los dioses griegos, representación de las virtudes y defectos humanos, los titanes representan lo que hubo antes del hombre, las fuerzas de la naturaleza de las que el hombre en definitiva nació. Según los mitos clásicos, los titanes se rebelaron una vez —y fue necesaria la intervención de Hércules, un semidios con naturaleza humana, para derrotarlos— y pueden volver a rebelarse. Jünger pensaba que esta rebelión se estaba ya produciendo a través de la revolución tecnológica y social. La técnica —hija en definitiva del hombre— estaba desplazando a éste del timón que regía sus destinos. La era del Humanismo, representada por la Antigüedad Clásica, el Renacimiento o la Ilustración, en la que el hombre era la figura principal, estaba siendo sustituida por una nueva era en la que la tecnología, y su heredero social, las masas, se convertirían en los principales protagonistas, los nuevos titanes.

Ningún conflicto más apropiado que la Gran Guerra para ilustrar esta lucha a muerte entre el hombre y la tecnología. En él, el alferez Jünger tiene ocasión de ver al espíritu humano enfrentarse al devastador poder de la técnica y sucumbir, aunque sin rendirse

El horizonte de los embudos y de las trincheras es un horizonte estrecho.... Contra ese fondo horrible se yergue el combatiente, el hombre sencillo, anónimo, sobre el cual gravitan el peso y el destino del mundo. En los bordes de fuego situados más allá de todo límite procrea ese hombre, en la noche solitaria procrean el Hombre y la Tierra. Yo he visto su rostro bajo el brillante borde del casco cuando la Muerte se alzaba amenazadora ante él. Lo he visto caer muerto; su imagen y su legado permanecen en mi corazón (4).

En definitiva hemos repasado los principales puntos de la visión bélica del joven Jünger. La guerra como un acontecimiento inevitable fruto de la búsqueda del poder. Una guerra con tonos épicos, en la que se ponen de manifiesto los valores tradicionales del ciudadano, el sirviente del estado, con una extraordinaria claridad, provocando en el combatiente una suerte de experiencia mística que le permite llegar a conocerse a sí mismo, a sus compañeros y a la humanidad en general.

(4) JÜNGER, ERNST: "El Bosquecillo 125". Ediciones Tusquets, 1987.

La monstruosa acumulación de fuerzas durante las horas cruciales, en las que se luchaba por un futuro lejano, y el delirio que siguió, de manera tan sorprendente, tan desconcertante a aquella acumulación, me habían conducido por vez primera a las profundidades de determinados ámbitos sobrepersonales. Aquello era distinto de todo lo que hasta aquel momento había vivido; era una iniciación, una iniciación que no solo abría las ardientes cámaras del Horror, sino que también conducía a través de ellas (5).

Por último la Gran Guerra había sido escenario de un cambio que Jünger califica de “cósmico”. El inicio de una nueva era dominada por las masas y la tecnología en la que el hombre clásico se encontraba en peligro de extinción. En los años posteriores a la guerra esta visión tendría ocasión de revelarse en toda su peligrosa plenitud.

MADUREZ. LA PAZ COMO FRUTO DE LA GUERRA

Tras la publicación de “*Tempestades de Acero*” y el resto de sus obras sobre la Gran Guerra, Jünger se convierte en una figura prestigiosa en el pensamiento y la literatura alemana de la época. Su obra será contemporánea de un periodo muy fecundo de la cultura alemana, marcado por la humillación sufrida en el conflicto, la crisis económica posterior al mismo y la inestabilidad política de la República de Weimar. Cabe destacar, por su importancia en el pensamiento de Jünger, la aparición en 1922 de la monumental obra “*La decadencia de Occidente*” de Oswald Spengler. En ella, el filósofo alemán identificaba la ruina y derrota de Alemania como el inicio de una fase de decadencia de toda la cultura occidental. Esta idea, junto con la desconfianza hacia la tecnología mostrada por Spengler, debieron llamar la atención del joven Jünger cuyas ideas personales se mostraban muy próximas a las del filósofo.

Asimismo, en 1928 aparece otra obra fundamental para el pensamiento de la época. Se trata de “*El concepto de lo político*” de Carl Schmitt, un intelectual con el que Jünger se relacionó estrechamente en los años posteriores, y cuya obra ha permanecido durante mucho tiempo relegada por las relaciones de su autor con el régimen nacionalsocialista. La obra de Schmitt es un completo y agudo análisis de la naturaleza del estado, con una clara crítica hacia la República de Weimar punto en el

(5) JÜNGER, ERNST: “*Tempestades de Acero*”. Ediciones Tusquets, 1987.

que parecían coincidir todos los intelectuales de la época. Pero de más interés para el tema que nos ocupa es su idea de la relación amigo-enemigo como origen de la política. Efectivamente, Schmitt advierte que la clarificación de quién es amigo —aquel que comparte intereses, que forma parte de una misma comunidad— y quién es enemigo, real o potencial, —aquel ajeno a esa comunidad de intereses— es un punto clave para la actividad política y para la correcta interpretación de la guerra.

En el fondo de esta reflexión subyace una crítica contra los vencedores de la I Guerra Mundial y hacia la forma en la que habían enfocado el conflicto y, sobre todo hacia la forma en la que lo habían resuelto. Para Schmitt la guerra es una forma de dirimir una disputa entre estados sobre determinados intereses. El enemigo es, sencillamente, aquel que puede amenazar o disputar nuestros intereses, pero no es una entidad maligna ni un criminal. Sencillamente es alguien perteneciente a otra comunidad con el que se puede combatir, negociar o coexistir. La visión de los vencedores de la guerra de una Alemania maligna, que debía ser aplastada para prevenir futuras agresiones, estaba sacada de contexto según Schmitt.

Tanto Spengler como Schmitt ejercieron una fuerte influencia sobre Jünger. El hecho de que los tres fueran después acusados de precursores o colaboradores del nazismo, junto con el filósofo Martin Heidegger, es hasta cierto punto injusto. Y cabe decir hasta cierto punto puesto que el nacionalsocialismo creció en el caldo de cultivo de una Alemania desolada y arruinada, con una enorme desorientación política y conflictividad social, elementos en los que se movía también el pensamiento de la época, con una crítica generalizada a las instituciones políticas existentes y el convencimiento en la necesidad de un cambio de rumbo, probablemente enérgico. Cuando el partido nacionalsocialista fue alcanzando cotas de poder, para muchos intelectuales aquello apareció como esa posible solución enérgica que recuperaría la autoestima alemana. Fue un proceso curiosamente parecido al que se produce hoy en día en Rusia con las esperanzas depositadas en Vladimir Putin como el hombre que puede sacar al país del caos.

Sin embargo es bastante dudoso que los intelectuales de la época comulgasen seriamente con el programa y las teorías nacionalsocialistas, que constituían fundamentalmente una banalización de sus propias ideas, mezcladas con un populismo muy hábil pero bastante chabacano. Jünger desde luego no lo hizo y siempre mantuvo una altiva independencia frente a los nazis pese a que, quizás, durante los años 20, no se encontró tan alejado de ellos. De hecho una de las características fundamentales de

Jünger es que siempre fue un hombre enfrentado al poder —un intempestivo como él mismo se definía— y, por esta razón quizás albergó alguna simpatía hacia el partido de Adolf Hitler cuando éste era un simple grupo de agitadores. De hecho, en aquella época Jünger se relacionaba con otros grupos igualmente radicales, e incluso quizás más extraños como los nacional bolcheviques de Ernst Niekistch.

En cualquier caso Jünger era un hombre admirado por muchos dirigentes nazis, entre ellos Goebbels, e incluso el propio Hitler, a quien "*Tempestades de Acero*" le traía probablemente recuerdos de su experiencia en el Frente Occidental. Esta admiración, y su popularidad como autor literario, quizás le salvaron la vida cuando más adelante comenzó a mostrarse muy crítico con el Partido.

Durante los años 30 Jünger abandona su producción centrada fundamentalmente en su experiencia bélica para centrarse en la temática social; en el cambio que la tecnología y los movimientos de masas estaban produciendo en las sociedades de su época. No obstante, en 1930 escribe "*La movilización total*" un ensayo que ha sido posteriormente muy criticado puesto que, en él, Jünger se acerca a la guerra como acontecimiento trascendental en una sociedad para el que es preciso movilizar todos los recursos espirituales y materiales de la misma. Es una visión muy próxima a la del máximo representante del belicismo alemán, Erich Ludendorff, que contemplaba la guerra como el objetivo y fin principal de una sociedad, constituyendo la paz sólo un periodo transitorio y secundario. En algunas partes de la obra pueden encontrarse párrafos que se lamentan de la incapacidad alemana para llegar a esa "movilización total" durante la Gran Guerra y aluden a la necesidad de corregir ese fallo en el futuro mediante un adecuado liderazgo:

Y sin embargo, ese sordo fervor que en ellos ardía por una Alemania inexplicable e invisible fue suficiente para efectuar un esfuerzo tal que hizo temblar a los pueblos hasta en su tuétano. ¿Qué no habría conseguido si hubiera poseído ya una dirección, una consciencia, una figura? (6).

Pero la obra más recordada de este periodo de Jünger es, sin duda, "*El trabajador*", publicada en 1932. Se trata de un libro un tanto oscuro, que dio lugar a múltiples interpretaciones. En él se plantea la nueva "figura" humana que está surgiendo al albor de los nuevos tiempos domi-

(6) JÜNGER, ERNST: "*La movilización total*". Ediciones Tusquets, 1995.

nados por la tecnología. Esa figura no es otra que la del “trabajador”, el hombre que convive con la técnica y que, incluso llega a la simbiosis con ella. Esa figura ha perdido muchos de sus rasgos humanos, se ha simplificado, al tiempo que ha adquirido algunos de los rasgos de dureza e indiferencia propios de la máquina.

En lo referente a la guerra, Jünger advierte que las guerras futuras serán guerras de trabajadores. Han desaparecido ya las guerras de los aristócratas e incluso de los burgueses. El principal factor en las nuevas guerras es el trabajo y la movilización total, necesarios para alimentar los gigantescos campos de batalla repletos de máquinas y de sus sirvientes. En estas nuevas guerras los hombres pierden su condición y se transforman en objetos, en números en una lista de bajas. La pérdida de esa condición humana explica las nuevas manifestaciones bélicas: se arrasan ciudades, se toma a la población civil como objetivo, se ejecuta a los prisioneros... El antiguo humanismo de los combatientes se ahoga en el mar de la tecnología y la guerra de masas.

“*El trabajador*” fue interpretado por algunos como un sinónimo del “proletario” de corte marxista y comunista. Otros vieron en él referencias al advenimiento del nacionalsocialismo (efectivamente hay frecuentes alusiones a un “orden nuevo”). Pero Jünger renegó de todas estas interpretaciones y hasta su muerte argumentó que sólo había pretendido dar fe del nacimiento de una nueva figura social, de un nuevo “titán” que inauguraría un mundo nuevo y probablemente peor.

En 1934, con los nazis ya en el poder, Jünger publicará “*Sobre el dolor*”, obra en la que profundiza sobre la relación del hombre con el dolor y señala la indiferencia hacia el mismo que los nuevos tiempos dominados por la tecnología están imponiendo. Es una idea reiterada en Jünger que la capacidad de sentir dolor es una cualidad humana, y el propio dolor es una fuente de perfeccionamiento y conocimiento interior. Una semilla que puede dar sus frutos.

En esta obra podemos encontrar también fragmentos que acusan una cierta alarma del autor ante los acontecimientos de su tiempo, acontecimientos que parecen conducir hacia una nueva catástrofe.

Hoy estamos viendo que campamentos, marchas, maniobras llenan valles y llanos. Estamos viendo que los estados son más amenazadores y se hallan más pertrechados de armas que nunca; que en cada uno de sus detalles esos Estados se orientan al despliegue del

poder, y que disponen de tropas y arsenales sobre cuyo destino no es posible albergar duda ninguna. Estamos viendo cada vez más claramente también que la persona singular va a parar a una situación en la que puede ser sacrificada sin reparos. A la vista de todas estas cosas surge esta pregunta: ¿Estamos asistiendo aquí a la inauguración de aquel espectáculo en el que la vida sale a escena como voluntad de poder y nada más? (7).

Lo cierto es que la actitud de Jünger parece cada vez más desencantada hacia el nuevo régimen y hacia los nuevos tiempos que se avecinan. Su inicial entusiasmo hacia un cambio radical en la política y la vida alemana, capaz de provocar la superación del trauma de la Gran Guerra y del Tratado de Versalles, se va apagando paulatinamente. Probablemente, Jünger se sentía desencantado ante las ideas simplistas del nacionalsocialismo y ante la nueva sociedad alemana que éste estaba forjando, tan parecida a sus más pesimistas predicciones sobre las sociedades masificadas y sometidas a la tecnología.

Su relación con los nazis alcanza su punto más peligroso en 1939 cuando publica "*Sobre los acantilados de mármol*" una novela alegórica en la que la sugerencia del magnicidio como solución a una tiranía sin sentido, hace saltar las alarmas del Ministerio de Propaganda de Goebbels. Pero, a pesar de que a partir de ese momento se convertirá en sospechoso para el régimen, su prestigio y una inhabitual actitud protectora por parte de Hitler le salvarán de la depuración.

El 29 de Agosto de 1939, dos días antes del inicio de la II Guerra Mundial, Jünger es movilizado de nuevo. Con el grado de capitán, será destinado a una unidad de infantería compuesta por reservistas con la misión de guarnecer un tramo de la "línea Sigfrido", un rosario de fortificaciones construido en la frontera franco-alemana. Allí, Jünger recordará su experiencia en la guerra anterior aunque, en esta ocasión, no serán el horror ni la épica sus compañeros sino más bien el tedio.

La actitud hacia el nuevo conflicto es una mezcla de resignación y amargura. Este conflicto es la viva expresión de la catástrofe anunciada en sus obras, el fruto de las nuevas sociedades. No hay lugar para el ingenuo entusiasmo de la Gran Guerra, ni siquiera para la épica desesperada del hombre combatiendo contra el poder de la tecnología. Cuando se produce la ofensiva alemana sobre Francia, la figura de un Jünger cabal-

(7) JÜNGER, ERNEST: "*Sobre el dolor*". Ediciones Tusquets, 1995.

gandó al frente de su compañía de reservistas, siguiendo la estela de destrucción dejada por las columnas acorazadas y la Luftwaffe, expresa toda la melancolía que le producía el conflicto. Estas experiencias las recogerá con detalle en sus diarios (publicados después con el título de “Radiaciones”) El contraste con “*Tempestades de Acero*” es enorme. Ya no hay escenas épicas ni apasionados combates; por el contrario sus páginas están llenas de caminos polvorientos cubiertos de cadáveres de hombres y animales, prisioneros desconcertados y pueblos en los que los signos de la vida han quedado suspendidos en el momento de ser tocados por la guerra. El capitán Jünger no llegará a entrar en combate. Sus sudorosos infantes no tienen ya más que un papel secundario frente a la omnipotencia de las máquinas: los carros de combate y la fuerzas aéreas son los verdaderos protagonistas de la nueva guerra.

Durante su participación en el conflicto Jünger escribirá una pequeña obra que se distribuirá clandestinamente y que marcará claramente un cambio de actitud respecto al fenómeno de la guerra. Su título será “*La Paz*” . En ella Jünger expresa una idea que desarrollará en obras posteriores: de alguna forma la II Guerra Mundial ha supuesto el punto culminante de todas las guerras. En ella se han alcanzado los más altos niveles del espanto, fruto de la deshumanización de las sociedades que han combatido. Pero en esta vorágine de horror Jünger encuentra también el punto de inflexión. Todo el sacrificio que se ha hecho por parte de muchos espíritus nobles durante el conflicto no puede caer en terreno baldío. Tras el final de la guerra, este sacrificio germinará en forma de paz. Jünger adopta la idea de la paz como fruto de la guerra, del sufrimiento, del sacrificio. Cuando el grado de sufrimiento es máximo, su fruto, la paz, será también máxima y quizás definitiva.

Y más tarde cuando haya enmudecido la lucha, se comprenderá que el intelecto pudo conocer los órdenes nuevos y aspirar a ellos, pero que para crearlos fue necesaria la conjunción de las pasiones, el dolor y el fuego. Tanto a los agentes como a los pacientes la multiplicidad de los frentes les ha ocultado la unidad de la gran obra bajo cuyo hechizo estaban operando —pero esa unidad se manifiesta por su capacidad generativa, por su transformación en sacrificio—. Al caer, unos y otros se han convertido así en el grano bueno que dará frutos muy variados (8).

(8) JÜNGER. ERNST. “*La Paz*”. Ediciones Tusquets, 1996.

El hecho de que el conflicto hubiera alcanzado un carácter global lo convertía en una suerte de guerra civil mundial, un fenómeno nuevo que, sin duda, presagiaba un orden nuevo.

La propia figura de la guerra ofrece presagios de la unificación. Es la Segunda Guerra Mundial y en ella se evidencia con más intensidad aún que en la primera que ya no se trata de una discordia a la que quepa poner límites, sino que todas las naciones de la Tierra han tomado parte en ella como agentes y como pacientes. Eso no es un azar, es la señal de que el mundo, tierra natal de todos los humanos, quiere adquirir una forma nueva y un sentido nuevo (9).

Es curioso como en esta idea de Jünger de la paz como fruto de la guerra a través del sufrimiento, se entremezclan su experiencia vital y su concepción del mundo. El Jünger guerrero y belicoso de la Primera Guerra Mundial se va transformando, a través del análisis de su experiencia, en un hombre que ve la paz y la unidad mundial como única realidad apetecible. Pero esta conclusión procede precisamente de la experiencia bélica, y es imposible sin ella. De alguna forma recuerda a la clásica literatura japonesa sobre la evolución personal del guerrero samurai, que va acrecentando su maestría en la lucha hasta que llega a un estadio en el que ésta deja de ser necesaria, por contemplarse la realidad desde un plano superior. Sin embargo, solo se puede llegar a ese plano a través de la experiencia de la lucha. Este ciclo de transformación personal lo aplica Jünger al conjunto de las sociedades que, inevitablemente, deben llegar a la paz después de la catarsis de una guerra absoluta.

A pesar de su carácter clandestino “*La paz*” fue una obra muy leída en algunos círculos militares, que después formarían el núcleo que intentó eliminar a Hitler y poner fin a la guerra. En la obra, Jünger hablaba de la necesidad de una paz en la que no hubiera perdedores y eso sonaba a no repetir la humillación de Versalles, lo que indudablemente complacía a aquellos que querían poner un fin honorable (si ello era todavía posible) a la guerra. Pero, nuevamente, se interpretaba a Jünger de forma sesgada. Para él, la catarsis debía ser total, la purificación absoluta. La guerra debía proseguir hasta la eliminación de todos los elementos susceptibles de volver a reproducirla. La expresión de que en esa guerra no debía haber perdedores se refería más bien al futuro, al momento en el que las hostilidades hubiesen terminado con una victoria absoluta, momento en el que

(9) JÜNGER, ERNST: “*La Paz*”. Ediciones Tusquets, 1996.

vencedores y vencidos debían dejar de ser “enemigos” y convertirse en “amigos” según la clásica definición de Carl Schmitt, es decir en una misma comunidad.

Es de desear, por el contrario, que sea bien clara la decisión que adopten las armas y que no queda ningún rincón que no haya sido purificado por el fuego... Cuanto más pura y matemáticamente se exteriorice la lógica de la violencia, cuanto más impresionantemente convenza esa lógica a los individuos frente a los cuales no valen otras razones, tanto más fiablemente quedarán asegurados también los cimientos de la paz (10).

Resulta sorprendente como una obra escrita en los campos de batalla de la II Guerra Mundial muestra una sorprendente clarividencia sobre los sucesos posteriores. Tras el fin de la Guerra se producen un cúmulo de acontecimientos que corroboran en gran medida las teorías de Jünger. La creación de Naciones Unidas, el proceso de unificación de Europa, la división del mundo en grandes bloques que presagian una globalización ya en marcha, la ayuda de los vencedores a la reconstrucción de los vencidos, todo ello parece anticiparse en las páginas de “*La Paz*”.

No obstante, Jünger no podrá disfrutar de lo acertado de sus predicciones. El fin de la guerra le trae la tragedia de la muerte de su hijo Ernst y la prohibición de publicar por parte de las autoridades británicas de ocupación. De ser un sospechoso para el régimen nazi pasa a ser un sospechoso para los vencedores de la guerra. Este periodo de abatimiento y reflexión será el preludio de otra época creativa de singular intensidad.

RENACIMIENTO. EL ESTADO MUNDIAL

Los años 50 serán una etapa de prolífica creación para Jünger. Superados los diversos traumas de la guerra se lanzará a escribir sobre un mundo nuevo que, aparentemente, parece confirmar sus predicciones en lo bueno y en lo malo. Durante este periodo Jünger dará un cierto giro libertario a su pensamiento. La libertad del individuo, tanto frente a la tiranía formal como frente a la agobiante uniformidad que parece surgir de las ruinas de la guerra, se convertirá en uno de los ejes centrales de su obra. Ya en “*El nudo gordiano*” expresa su idea de la libertad individual

(10) JÜNGER, ERNST: “*La Paz*”. Ediciones Tusquets, 1996.

como punto fundamental para la diferencia entre las culturas occidentales y orientales. Esta diferencia se extiende a la guerra. En Occidente los ejércitos mantienen su carácter de agrupaciones de hombres libres incluso bajo los príncipes más despóticos; en Oriente la masa y el sometimiento al soberano constituyen siempre los fundamentos de la organización militar.

La Historia y la educación del Hombre Occidental hacen que a él no le baste con formar parte de un séquito fundado en la mera obediencia. Para él son cosas de segundo rango un poder y un amor en el que no haya libertad. Le resulta difícil imaginarse que existan imperios en los que ni siquiera se echa de menos esa libertad (11).

En esta obra y posteriores aparece cada vez más nítida la visión histórica de Jünger, apuntada ya en obras anteriores. La Historia aparece como un fenómeno dominado por la conciencia humana de libertad, de libre albedrío. Puede adivinarse su inicio en las Guerras Médicas, cuando las falanges griegas, integradas por hombres que se consideraban a sí mismos libres, se enfrentan con el ejército de siervos del “Gran Rey” persa, según nos narra Herodoto. Este acontecimiento marca un punto de inflexión que pone a la libertad humana en el centro de los acontecimientos. A partir de este momento la Historia la hacen los grandes hombres, hombres que deciden y que guían pero que nunca dejan de sentirse “primus inter pares”, directores de otros hombres en esencia tan libres como ellos mismos.

Pero, frente a esta visión occidental, nos encontramos con la visión “asiática”, que tiene como referente un estadio más antiguo de la Humanidad: la sumisión a un soberano de origen divino. En la guerra uno y otro juegan sus mejores cartas: Occidente, la iniciativa, la imaginación, la audacia, el poder moral de saberse libres; Oriente la utilización de los poderes más arcaicos, el espacio, el tiempo, la obediencia ciega, la indiferencia ante el sufrimiento. Oriente y Occidente, Europa y Asia representan pues dos estadios diferentes de la humanidad, pero el final de ambos parece, por otra parte, cercano ante el cambio que se está produciendo en nuestros días, un cambio que puede dejar pequeño el presenciado por Herodoto.

Jünger deja patente su idea de la magnitud de este nuevo cambio en su obra “*El Estado Mundial*”, escrita en 1960. Su título recuerda inmedia-

(11) JÜNGER, ERNST: “*El nudo gordiano*”. Ed. Tusquets. Barcelona, 1996.

tamente las ideas vertidas en el célebre ensayo de Immanuel Kant “*La paz perpetua*”, pero la visión de Jünger es muy distinta de la kantiana aunque compartan algunos puntos de vista. Para Kant el “estado mundial” o más propiamente la “federación mundial de estados” sería un logro a conseguir, una forma de llegar a la paz mundial al eliminarse las diferencias estatales, causa primera de todas las guerras. Para Jünger, sin embargo, el estado mundial no es algo que haya que intentar conseguir, puesto que ya se está abriendo paso por sí solo. Tras la Segunda Guerra Mundial (una guerra civil mundial como apuntaba en “*La paz*”) los signos de globalización se multiplican. Los estados clásicos ya no son realmente dueños de sus destinos, salvo en el caso de las superpotencias, e incluso estas adquieren una creciente uniformidad entre sí.

Si miramos las cosas sin prejuicios nos causará asombro la uniformidad grande y creciente que va extendiéndose sobre los países —y no sólo en forma de monopolio de una u otra de las potencias competidoras, sino como estilo global—. Las consignas que convencen son las mismas: la paz, la libertad, la democracia; y una y la misma es la técnica, que va siendo empujada hacia su perfección (12).

El mismo concepto de estado nacional ha quedado para Jünger desacreditado y muestra, como prueba, la extrema desconfianza que suscitan en la opinión pública los conflictos iniciados por razones de interés estatal. Las guerras se hacen ya por motivos “universales”. La consecuencia lógica de todo este proceso va a ser la creación de un “Estado Mundial”, lo que significará, a la vez, la apoteosis y el final del propio concepto de estado.

Para Jünger, este concepto de estado se ha ido desarrollando a lo largo de la Historia, brindando los beneficios de la seguridad y de la organización a cambio de la limitación de la libertad de sus integrantes. Con la pluralidad de estados llegó también la guerra (en este punto Jünger coincide con Kant) y, según los estados fueron aumentando en tamaño y poder, también fueron limitando progresivamente la libertad de sus ciudadanos y haciendo más terribles sus guerras. El punto de inflexión fue la Segunda Guerra Mundial y el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima. A partir de ese momento, todo el sistema internacional de estados había quedado obsoleto, convertido en una vía que llevaba

(12) JÜNGER, ERNST: “*El Estado Mundial*”. Ed. Tusquets. Barcelona, 1996.

directamente a la destrucción. Tras ella estamos asistiendo a un mundo nuevo, cada vez más uniforme, dominado por la técnica en lo material, por el trabajador (el hombre que a la vez sirve y domina la técnica) en lo humano y por un modelo democrático en lo ideológico. Este mundo adviene por sí sólo y en él, el Hombre corre el peligro de dejar su lugar central en la Historia. La época histórica, dominada por el humanismo y la idea de libertad individual, e iniciada por los hoplitas de Milciades hace 2500 años, toca a su fin.

Resulta curioso este giro próximo al anarquismo en quien fue un hombre formado en el culto al estado alemán. Pero la personalidad de Jünger siempre fue, ante todo, humanista, la libertad individual fue siempre el principal faro de su pensamiento. Además conviene no caer en el error de identificar la idea de libertad de Jünger con la que habitualmente se maneja en la política de nuestros días. En toda su obra se adivina la sombra de Nietzsche y la concepción elitista de la sociedad. Para Jünger la libertad es de aquellos que pueden alcanzarla. De una minoría de hombres que llevan consigo los valores considerados superiores y que son capaces de imponerlos a los que les rodean. Con esta concepción sólo hay dos posturas posibles ante la sociedad. En situaciones propicias la mayoría debe ser gobernada por esas elites pero, cuando la fuerza de la masa sea excesiva, estas deben abandonar la vida pública, mantenerse al margen del sistema, "retirarse al bosque" según aconseja Jünger en varias de sus obras.

Esta concepción explica las razones por las que resulta tan fácil pasar del fascismo al anarquismo. Si se piensa en términos de elites, estas sólo pueden gobernar o apartarse del sistema, puesto que nunca soportarían la idea de verse sometidas por la uniformidad de la masa.

Pero la visión de Jünger tampoco es totalmente pesimista. El nuevo mundo, que alumbrará al estado mundial, significará también, probablemente, el fin de las guerras.

La forma del Estado Humano viene determinada por el hecho de la existencia de otros estados, viene determinada por el pluralismo. No siempre ha sido así y, esperémoslo, no siempre será así. Cuando el Estado era una excepción en la Tierra, cuando era insular o, en el sentido de su origen, único en su género, los ejércitos de guerra resultaban innecesarios, más aún, estaban fuera de lo imaginable. Eso mismo habrá de ocurrir cuando el Estado en su sentido final se vuelva único en su género. Entonces el organismo humano podrá

destacar con más pureza como lo auténticamente humano, liberado de la coacción de la organización (13).

De este último párrafo puede deducirse que el advenimiento del Estado Mundial no será algo completamente negativo para Jünger. No solo por el fin de las guerras, sino también por el fin del propio concepto de Estado. Efectivamente, si la forma del Estado viene determinada por la existencia de otros Estados, un Estado único perdería todo sentido clásico.

Con su entrada en su grandeza final, el Estado no sólo alcanza su máximo espacial, sino que también adquiere una cualidad nueva. En ella cesa de ser Estado en el sentido histórico de la palabra. Se acerca así a las utopías anarquistas o, por lo menos, la posibilidad de esas utopías ya no contradice a la lógica de los hechos (14).

Este giro anarquista en su pensamiento no es enteramente nuevo, ya que siempre se mantuvo latente. No obstante, las circunstancias del régimen nacionalista y de la Segunda Guerra Mundial probablemente desilusionaron a Jünger del clásico nacionalismo y estatalismo alemán. Esa era una ideología que había evolucionado hacia el desastre y, como las ideologías sustitutorias no parecían satisfacerle en absoluto, optó por la marginalidad, por el retiro al bosque, en espera de que, en ese nuevo estado mundial, sea posible la recuperación del humanismo.

En cuanto a la guerra, el pensamiento final de Jünger se orienta a que su tiempo ya ha pasado; su papel de unificadora y forjadora de hombres ha sido ya completado y ahora comienza a carecer de sentido en un mundo cada vez más uniforme, en el que solo parece tener utilidad para doblegar a aquellos que pretenden salirse de esa uniformidad. Una vez logrado esto se convertirá en un recuerdo del pasado.

RECAPITULACIÓN

Hemos contemplado pues la profunda evolución del pensamiento de Jünger desde 1920 hasta 1960. De su ferviente entusiasmo por la guerra a la esperanza de que esta desaparezca para siempre de la Historia en el marco de una sociedad liberada del Estado. Muchas de las críticas a Jün-

(13) JÜNGER, ERNST: "El Estado Mundial". Ed. tusquets. Barcelona, 1996.

(14) JÜNGER, ERNST: "El Estado Mundial". Ed. tusquets. Barcelona, 1996.

ger proceden precisamente de esta evolución intelectual. Resulta fácil acusarle de acomodaticio o de incoherente, pero hay que tener en cuenta que entre la publicación de "*Tempestades de Acero*" y "*El Estado Mundial*" pasaron 40 años. Quien piensa lo mismo a los 25 años que a los 65, es muy probable que no haya pensado demasiado en toda su vida. Y por la vida de Jünger pasó la guerra, la desconfianza de un régimen tan letal como el nazi, y la amargura conjunta del derrumbamiento de Alemania y de la muerte de su hijo mayor.

Pero además el pensamiento de Jünger evoluciona pero nunca pierde la coherencia. El joven alférez que escribió "*Tempestades de Acero*" puede reconocerse todavía, difuminado entre las páginas de "*El Estado Mundial*". Los grandes temas son los mismos aunque el mundo y el hombre que los contempla han evolucionado. Podemos hacer una rápida recapitulación sobre la visión de la guerra de Jünger para comprobarlo.

Probablemente la idea central de todo el pensamiento de Jünger sea el advenimiento de una nueva era. Un cambio que acabará con el protagonismo histórico del hombre, entendido como el individuo libre que domina al mundo y a sus propios congéneres, en una especie de explosión vital, de ansia de saber y de poder. En su lugar los nuevos tiempos nos traen el protagonismo de la técnica, creación del hombre que termina apoderándose de él y transformándolo en trabajador. La libertad y el líder son sustituidos por la uniformidad y la máquina.

La guerra ha sido tradicionalmente el instrumento para el ansia humana de poder. Pero junto al azote de la devastación la guerra trae también la perfección progresiva del individuo y de la sociedad. En la guerra el hombre se muestra tal como es y recibe una experiencia que le enriquece. Además las guerras tienden paradójicamente a unir. Los enemigos de antaño quedan de alguna forma hermanados por la terrible experiencia, y la sucesión de guerras fomenta la aparición de sociedades cada vez mayores. Esto se traduce en guerras cada vez mayores y más devastadoras pero que, a la vez, van engendrando cada vez mayor necesidad de unión ante sus terribles efectos.

La irrupción de la moderna tecnología y la magnitud de los contendientes convierten a las dos Guerras Mundiales en la señal del cambio de época. Se ha terminado la épica y la gloria, y las guerras son gigantescos enfrentamientos de máquinas y trabajadores sin sitio siquiera para las normas éticas. El ataque nuclear sobre Hiroshima es el colofón de este proceso.

Aquel fanal titánico supuso la conclusión de una edad antigua y el comienzo de una edad nueva. La Historia pareció perder su sentido, en la aniquilación de aquella ciudad se reflejó también, entre otras cosas, el final de las guerras clásicas con su gloria, desde Aquiles hasta Alejandro Magno, Desde Julio César hasta Federico el Grande y Napoleón (15).

Pero estas grandes catástrofes también han dado su fruto. Su carácter de guerras civiles mundiales han provocado un proceso de unidad que alcanza caracteres globales. En esta unidad rigen los nuevos valores de la técnica y la masa pero, la desaparición de los estados tradicionales probablemente traiga consigo también la desaparición de las guerras. En este nuevo mundo quizás el hombre pierda definitivamente el timón de su destino, pero también existe la esperanza de que lo recupere, libre ya del peso de los estados y miembro de una sociedad mundial en paz, y quizás incluso pueda derrotar nuevamente a los Titanes. Pero la fuerza de estos es terrible y Jünger no se muestra demasiado optimista.

Entonces, cuando nos apretujábamos en los conos abiertos en el suelo por los proyectiles, aun creíamos que el ser humano es más fuerte que el material. Eso se ha revelado como un error (16).

La experiencia bélica de Jünger comienza con el entusiasmo nacionalista de la Primera Guerra Mundial y termina con la amargura de las masacres de la Segunda. Su pensamiento cambia al ritmo de la civilización occidental, también profundamente agresiva a principios de siglo y profundamente pacifista en el final del mismo. Pero quizás lo que queda con mayor fuerza de su obra es la importancia del Hombre. El Hombre que sobrevive a las tempestades de acero de Verdún y el Somme, que es capaz de lo mejor y lo peor en la vorágine de la Segunda Guerra Mundial y que asiste, como un nuevo titán caído, al advenimiento de una nueva edad en la que otros titanes, más fuertes y poderosos, pretenden apartarlo del timón de su propia historia.

(15) JÜNGER, ERNST: "Alocución en Verdún". Ed. Tusquets. Barcelona, 1996.

(16) JÜNGER, ERNST: "Alocución en Verdún". Ed. Tusquets. Barcelona, 1996.